

Días de Guardar

Carlos Pérez Merinero

Prólogo de Óscar Urrea



Prólogo

por Óscar Urrea

QUIEN, HABIENDO SUSTRÁIDO sus oídos a la sordera que la onda expansiva que los sucesivos *booms* de la novela negra española vienen produciendo cada primavera, se haya entretenido en hacer un balance y juicio de aquélla, puede concluir que en solo tres años, lejanos y prodigiosos, aparecieron los cinco títulos que marcan y asientan, al primer intento, y con estilos muy diferentes pero de manera inapelable, las variantes principales del género, aclimatado ya al paisaje urbano y sentimental nacionales y al espíritu del idioma. Así, *Los mares del Sur* (1977), de Vázquez Montalbán, establece el canon del detective chandleriano asociado al análisis social y cultural; *Demasiado para Gálvez*, de Jorge Martínez Reverte, que aparece en el mismo año, indaga en las posibilidades de denuncia y explicación de ciertas tramas

financieras desde el punto de vista periodístico; *Un beso de amigo* (1980), de Juan Madrid, plantea la investigación abordada desde “el otro lado de la barrera”, el policial; por su parte, *Prótesis*, de Andreu Martín, también en ese año, brega con el conflicto (psicológico y delictivo) compartido entre la autoridad y el delincuente común; por fin, en 1981, aparece *Días de guardar*, primera novela de un muy joven Carlos Pérez Merinero que no solo completa el repóquer de este periodo dorado del género en nuestro país, sino que aporta al mismo el sentir, el pensar y el hacer radicales del delincuente, sin renunciar a trazar, siquiera sea de pasada, pero de manera precisa e impresionista, un fresco de las tensiones políticas y sociales de la época.

Días de guardar cuenta la historia de Antonio, un saltador de bancos y joyerías, ignorante, grosero y chuleta, tan dispuesto a desfundar la pistola como a airear la bragueta (y éstos, en lo que al dinero y a las mujeres toca, son los dos pilares de su personal filosofía). De Antonio lo sabemos todo, gracias a que el autor instala una cámara y un micrófono en el cerebro del personaje (único protagonista), a través de una primera persona narrativa que a veces se dirige al estupefacto lector con fanfarrona complicidad. La acción se organiza básicamente alrededor de los atracos que el personaje planea y ejecuta, mientras, por medio de algunas analepsis, indaga en el momento en

que el entonces Antoine, siendo camarero en París, comenzó su viaje iniciático vital de la mano de Legrand, un hampón proxeneta y vividor, que le llevará a entender la existencia en sociedad como un estado de violencia permanente de la que, en buena lógica, uno solo se puede librar (y solo temporalmente) ejerciendo a su vez una violencia de bandolero individualista y amoral.

Porque, a diferencia de la gran mayoría de novelas de género negro, en *Días de guardar* (como en cualquier otra novela de Carlos Pérez Merinero), no es el tema moral (social o individual) el que interesa al autor, sino la estupidez y la mezquindad de la ciudadanía media en sus múltiples formas, actitudes y paisanajes. Al lado de lo que la sociedad y las circunstancias pergeña todos los días con la vida de la mayoría de los personajes que se cruzan con el protagonista, la brutalidad que éste se gasta (que no pretende justificarse con un trauma pasado, como ocurre —y es ésta una discrepancia esencial— en las mejores novelas de Jim Thompson, autor con quien Merinero ha sido alguna vez comparado), se antoja ingenua y circunstancial; el proceder de Antonio es el de un tipo amoral que escribe sus propias leyes, no un inmoral que pretende burlarlas.

Como toda buena novela de género (de cualquier género, por mucho que sea común afirmar lo contrario), *Días de guardar* no se lee de un tirón. Y no porque su

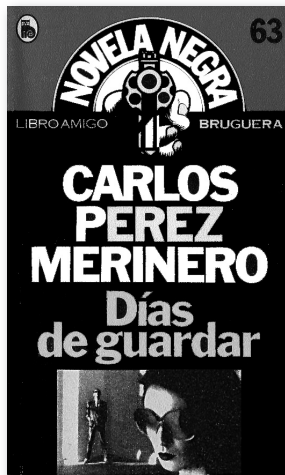
narración no esté marcada por un tempo trepidante y los episodios de acción se alternen con los anticlímax oportunamente, sino porque incluso por encima de esta maestría en el manejo de las velocidades narradoras sobresale el empleo del idioma: la apariencia de sencillez en el lenguaje que se emplea en el relato es engañosa, o bien este lenguaje solo se puede considerar sencillo en el sentido de que es directo. Pero el nivel de expresividad y riqueza que el autor alcanza en el uso de giros, expresiones, diálogos y descripciones hace inevitable que el lector deba volver más de una vez, en plena lectura, sobre lo que se acaba de leer: para volver a disfrutarlo, para dar crédito a lo que allí se cuenta, para recrear gozosamente el episodio recién leído.

Ya que hablamos de “gozo”, acabemos este prólogo con esta palabra esencial en el arte y en la literatura que demasiado a menudo se sustituye (entiéndase: el gato por la liebre) por “entretenimiento” o “diversión”. *Días de guardar* es género negro para gozar, no para entretener. En eso el planteamiento de Pérez Merinero fue siempre radicalmente (como no lo ha sido nadie más en el género) exigente con el lector, y por eso la novela pasó de mano en mano durante los demasiados años que no fue (asombrosamente, inexplicablemente) reeditada. Así, de manos de un amigo, me llegó a mí hace veinte años en la manoseada (gozosamente manoseada) edición de Bruguera de

Días de guardar, acompañada de la sentencia que solo es dable cuando se recomienda una lectura inapelablemente gozosa: “Léetela ya”.

Carlos Pérez Merinero es el más conocido de los escritores poco conocidos de novela negra, el escritor maldito al que sin embargo muchísimos han leído, es de los escasos autores que ha permanecido, pervivido e influido en su generación y en los que en las siguientes generaciones hemos querido aportar algo al género negro en nuestro idioma; y eso (dice la leyenda) sin salir de su casa y sin otra “vida literaria” que no fuera la escritura diaria y radical, hasta el punto de configurar una de las trayectorias literarias más interesantes y sugestivas dentro del género.

Hoy, la editorial Reino de Cordelia, con el tino y la calidad que la han hecho prestigiosa, saca otra vez al chocarrero y peligroso Antoine a las calles y lo hace merodear por las puertas de las sucursales bancarias y las joyerías para hacerlos descubrir de nuevo algo que íntimamente (y en estos tiempos tal vez mejor que nunca) ya sabemos; que la lógica de esclavos y dominadores (o de esclavos que se creen dominadores) no ha perdido vigencia, que las formas de estupidez se crean pero no se



destruyen, sino que se transforman y multiplican, y que el precio del *non servus* se puede pagar siempre y cuando se disponga de un revólver y una bolsa de deportes y uno esté dispuesto a mover las piernas.

ÓSCAR URRA RÍOS

A mamá, siempre.

Lo último que me faltaba entender para ser un hombre libre, lo entendí entonces: las ideas no responden a una realidad. Es como en las novelas. Tan solo el sexo y el dinero son realidades. Y más aún. Con el dinero se consigue el sexo, mientras se es joven. Por consiguiente, mientras se es joven, y yo soy joven, la única realidad tangible es el dinero.

J. P. MANCHETTE
El asunto N°Gustro

Creo en lo que poseo. Me gusta el dinero. Detesto la muerte.

Pierre Klossowski en *Au hasard Balthazar*,
de ROBERT BRESSON

...la muerte no es nada para los hombres como yo.
Es un acontecimiento que les da la razón.

ALBERT CAMUS
La peste

Capítulo Primero

Lunes

Y, SIN EMBARGO, SE MUEVE. La muy hijaputa se mueve. No solo se mueve, sino que pone su mano sobre mi pecho y la va bajando hasta dar con mi picha, que, después del castigo que la muy cabrona me infligió durante toda la noche, está más apagada que la puñeta. Juega un poco con ella y yo la dejo hacer. Pero cuando intenta pasar a mayores y dirige su boca a mi herramienta, que se ha ido animando con el toqueteo a que la ha sometido, le arreo una hostia en toda la jeta, que la deja alhelada de cojones. Me mira sin comprender y veo cómo la sangre empieza a aparecer en la comisura de sus labios. Se lleva las manos a la cara y la muy bragazas comienza a llorar. Lo que me faltaba. Me levanto de la cama y dudo entre atizarle otra vez o irme a duchar. Opto por esto último. No me puedo entretener; hay prisa.

Mientras dejo que el agua caiga sobre mí a su aire me da por pensar en lo gilipollas que son las tías. Ahí tienen a esa pánfila, por ejemplo. Me liga ayer noche, me trae a su casa, le echo unos cuantos polvos bien echados —y no es porque se los echara yo, pero polvos como éstos seguro que no los ha conocido en su puta vida; se corría que daba gusto—, y todavía sigue pidiendo candela. Como decía un cura que había en mi pueblo —un cabronazo, como todos ellos, de aquí te espero, que se limpiaba el culo todos los días con el *Osservatore Romano* y se quedaba tan pancho—, es que las pobrecitas tienen el cerebro más chico. Encima de gilipollas, son desagradecidas y encima de desagradecidas, gilipollas. No comprende la muy puta que el domingo se ha acabado y que es lunes y tengo cosas importantes que hacer. Pues vayan y explíquenle esto a una tía. Doble contra sencillo que les pega un bocado en la punta del carajo. Si las conoceré yo...

Cuando vuelvo al cuarto ella duerme como una bendita. Serán gilipollas, desagradecidas y todo lo que ustedes quieran, pero tengo que reconocer —si tengo una virtud ésa es la de ser objetivo— que están buenísimas. La ves así, durmiendo, en pelotita viva, y te dan ganas de olvidarte de que es lunes y de que la tienes un poco floja y de ponerte sobre ella y tirar de vareta. Se iba a despertar con toda la mandanga dentro. Vamos, que iba

a pasar del séptimo cielo con el que está soñando al octavo. La octava maravilla del mundo como quien dice.

Pero en esta jodida vida no siempre se puede hacer lo que se quiere. Por eso tengo prisa y quiero ir hoy al Banco; precisamente para, de aquí en adelante, hacer siempre lo que me salga de los cojones.

Con hartito dolor de mi corazón, como diría algún mamonazo de esos que se dedica a escribir novelas, la miro otro ratito más y salgo de estampida. Mientras bajo en el ascensor me digo que si la tía se ha quedado tan frita es porque seguro que se ha hecho un pajote. No hay nada para quedarse grogui —ni pastillas ni hostias— como hacerse una macoca. Te entra una cosa, un... No sabría cómo explicarlo, pero el caso es que te quedas más relajado que la leche. Yo a la gente que padece de insomnio siempre les digo que le den al manubrio. Mano de santo. Se lo juro por mi madre.

Llego al portal y me da por la vena supersticiosa. “Con qué pie salir”, me pregunto. Tengo la cabeza llena de preocupaciones, me espera una semana de no te menees y voy y me pregunto “Con qué pie salir”. No debo estar bien de la chota. La tía que acabo de dejar no solo me comió el sexo sino también el seso. Yo solo me río con este jueguito de palabras y cierro los ojos. Que sea lo que Dios quiera. Cuando los abro, ya estoy en la calle. Menos mal que no he visto con qué pie he salido.

Son ya más de las nueve y media, y en la puta calle hay un jaleo de tres pares de cojones. No sé dónde coño irá tanta chusma. Parar un taxi me cuesta Dios y ayuda. El merluzo del taxista es de los que le dan a la lengua sin tino. Que si el tráfico, que si la polución, que si el alcalde, que si esto cada día está peor... Me bajo con la cabeza como un bombo. Le echo una maldición. A ver si hay suerte y se estrella contra un árbol. Estos tíos que no se pueden estar callados me dan por el culo cantidad.

Me he apeado en una glorieta de la que salen más calles que la puñeta y tardo unos segundos en orientarme. Luego camino hasta donde tengo aparcado el coche. “Anda que si me lo han mangado...”, me digo en plan calenturiento. Sería para mear y no echar gota. Qué coño me van a robar el coche ni me van a robar el coche. Está ahí, donde lo dejé ayer tarde antes de que esa niñata me cazase con lazo. ¡Qué buena estaba la cabrona! Me meto la mano en el bolsillo y me magreo un poco la polla. Un poco, eh, solo un poco. Tengo que hacer un esfuerzo para parar y no correrme. Estaría gracioso que yo también me pajilleara y me quedara fritito en el asiento del coche. Sería para morirse de risa.

Saco la pistola de la guantera, compruebo que funciona a base de bien, me la guardo en el bolsillo de la chaqueta y arranco. Me meto en el mogollón del tráfico y conduzco con toda la precaución del mundo y un

poquito más. Por si no está claro, lo digo con todas las letras: No quiero problemas.

Doy un pasonazo por el Banco, y todo está como esperaba. De un tranquilo que da gusto. Es una calle por la que apenas si pasan coches. Se trata de un barrio residencial y a los mamones que viven aquí no les mola el ruido. El Banco ocupa un chalecito similar a las casas que lo rodean. Nadie diría que en un sitio así se puede uno encontrar un Banco tan a punto de caramelo. No lo diría nadie, pero se lo digo yo. Con dos cojones y un palito —y un poco de suerte; tampoco hay que tirarse faroles— di con él. Ahí está, esperándome a mí. Deseando que entre y diga: “Aquí estoy yo”.

Cojo por la primera bocacalle y doy la vuelta. Aparco en una esquinita al lado mismo del Banco y, antes de bajar, cojo de la guantera dos bolsas de plástico y me las guardo en el bolsillo. Me pongo bien el nudo de la corbata, me abrocho un botón de la chaqueta y me miro en el espejo. Contemplo mi cara y me sonrío a mí mismo.

Pisando fuerte, diciéndome una y otra vez que no puede fallar, que está chupado, recorro los escasos metros que me separan de la puerta del Banco. Estoy en un tris de santiguarme antes de entrar. Casi me descojono al pensarlo. Pongo cara de cliente serio y señor y entro en el Banco.

De putísima madre. La cosa no se puede presentar mejor. Solo hay una vieja petardo que se enrolla con el tío del

mostrador cosa mala. No sé qué hacer. Si sacar la pistola ya o esperar a que la menda liquide y se pira. Como parece que va para largo, no me lo pienso más y saco el cacharro. Estoy detrás de la vieja y el tío del mostrador no me ve la pistola. Los demás están a lo suyo, dándole a las maquiñitas y al papeleo. Tienen cara de lelos; parece que les gusta. Con unas cosas y otras nadie me hace ni puto caso.

No me quedan, pues, más huevos que decir esta boca es mía. Me echo a un lado de la vieja para que el mangani del mostrador me vea el aparato y digo con toda la firmeza y calma de que soy capaz:

—Todo el mundo manos arriba. Esto es un atraco.

De pronto se hace un silencio del carajo y todos me miran con los ojos como chiribitas. La vieja se apoya en el mostrador, pero se resbala y cae al suelo desmayada.

—Vamos, qué esperas —digo al del mostrador, apuntándole con mano firme—. El dinero, pronto.

—En seguida, en seguida —balbucea el gachó—. No se ponga nervioso.

—No estoy nervioso —le replico ofendido. Y agrego devolviéndole la pelota—: El que está como un flan eres tú, cuatro ojos.

El tío, instintivamente, se quita las gafas y se pega un hostión con el filo de una mesa.

—Hay que avisar al director —dice.

—Pues avísale.

—Eso iba a hacer —se justifica.

Se pone otra vez las gafas y entra sin llamar en el despacho del director. Yo me desplazo un poco para comprobar que no hace nada extraño y veo cómo le explica entrecortadamente al otro lo que está pasando. Más pálido que la leche el director va hacia la caja fuerte y me mira con ojos de borrego.

—Rápido, rápido —digo para no permanecer callado.

El silencio se me hace cuesta arriba, y no sé por qué pienso en el taxista charlatán.

—Vamos, vamos.

Les alargo las dos bolsas y el tío del mostrador y el director comienzan a llenarlas atropelladamente. Los otros currantes parecen figuras de cera. Se han quedado más quietos que la hostia. Echo una ojeada a la vieja, que en el suelo lucha por levantarse. Ve mis ojos sobre ella y se pone a vomitar. Será hija de puta.

—Ayúdala —digo a una rubiales con cara de caballo.

La rubia abandona su mesa escritorio y acude hasta donde está la vieja. Lo está poniendo todo perdido. Si no está echando hasta la primera papilla que tomó allá por el siglo diecinueve es que no está echando nada. La rubiales le da golpecitos en la espalda, y para mí que es peor el remedio que la enfermedad.

De vez en cuando avizoro la puerta —no vaya a ser que se presente alguien y me coja en bragas— y les di-

go algunas palabritas a los dos tíos que llenan las bolsas.

Al fin —¡alabado sea el cielo!— terminan con la operación. La verdad es que se me estaba haciendo larga de cojones. Temblando que da gloria verlo el director me alarga las bolsas. Todavía sigue con su blanca palidez. A lo mejor, hasta lo degradan y lo mandan a un pueblo. Que se joda y que baile.

Sin dejar de apuntar a la concurrencia cojo las bolsas con la izquierda y pongo pies en polvorosa. Con dos zancadas y media llego al coche y me meto en él. Arranco y digo para mí: “Este ya está en el bote”.

Es la primera vez que atraco un Banco y tengo un gustazo en el cuerpo de aquí te espero. Algo así como si me hubiera tirado a un regimiento de tías del *Playboy*, pero todavía en mejor. Si no me corro es por no manchar los calzoncillos. Ganas no me faltan.

En una calle discreta paro el coche y me bajo de él. Abro el portaequipajes y saco una maleta de cuero de medianas dimensiones. Me introduzco otra vez en el bólide, pongo las bolsas dentro de la maleta y arranco de nuevo.

Cuando entro con la maleta en el edificio donde tengo alquilado un apartamento, el tonto del culo del portero —un chorbo que apesta a guardia civil retirado— me dice tan pelota como siempre con una sonrisa bobalicona y babeante:

—Buenos días, don Antonio.

—Hola, Paquito —le respondo—. ¿Cómo va la cosa?

—Así, así.

—Te quejas de vicio. Vives mejor que los frailes.

Él se ríe y dice:

—Cómo es usted, don Antonio.

Don Antonio para arriba, don Antonio para abajo. Y yo, para joderle, Paquito por aquí, Paquito por allá. Pero al muy hijoputa le gusta. Hay gente que ha venido al mundo a poner el culo, y este mastuerzo es uno de ellos.

—Y qué, ¿ligamos mucho? —le pregunto de sopetón.

—Cómo es usted, don Antonio.

El tío, como ven, tiene una riqueza de vocabulario de la hostia.

—Entonces, qué —insisto—, ¿nos comemos muchas roscas?

Él sigue con sus risitas y responde:

—Pocas, pocas, don Antonio. Yo ya no estoy para esos trotes.

—¡No me digas que ya no se te levanta! —le digo en plan de cachondeo, pero con toda mala leche.

—Cómo es usted, don Antonio.

Y dale.

—Siempre tan bromista —añade.

Me ve la maleta en la mano y pregunta:

—¿Qué, de viaje?

Estos mendas que han usado tricornio no se quitan el complejo de sheriff ni *pa* Dios. Andan con el interrogatorio a cuestras todo el putu día.

—A lo mejor, a lo mejor —le contesto—. La acabo de comprar ahora. La coloco sobre el pequeño mostrador tras el que se parapeta y le pido:

—Toca, toca. Es un cuero buenísimo.

Me obedece y acaba diciendo:

—Le habrá costado lo suyo.

—Ya lo creo.

La levanta y dice extrañado:

—Pesar, pesa más de la cuenta, ¿no?

—Es que he aprovechado y me he comprado algo de ropa. ¿Quieres verla? —le pregunto.

—No, por Dios, don Antonio. Las cosas íntimas...

¿Qué sabrá este cabrito lo que son las cosas íntimas?

Pero en fin...

—¿De verdad no quieres verla? —insisto.

Niega con la cabeza.

—Pues tú te lo pierdes.

Cojo la maleta y, harto de tomarle el pelo, me dirijo al ascensor.

—Buen servicio —le digo como despedida.

—Gracias, don Antonio.

Lo primero que hago nada más llegar a mi apartamento es ir al cuarto de baño y soltar una meada larga,

espumosa y sonora, con su poquito de humillo y todo. Luego abro la maleta, vacío las bolsas en ella y la cierro con llave. Después de guardar la maleta en el armario tomo las bolsas, las doblo bien dobladas y me las meto en el bolsillo de la chaqueta.

Salgo del apartamento y bajo por la escalera de servicio. Subo al coche y me voy a por el segundo Banco.

EL SEGUNDO BANCO es menos guapito de cara que el primero, pero también lo he elegido a conciencia. Es una sucursal pequeña situada en una calle céntrica. A la vista solo suele haber tres empleados y parece fácil de manejar. Esto, y el hecho de que el carril bus me permita aparcar el coche justo enfrente, es lo que me hizo decidirme por él. “Y si viene un guardia —se preguntarán ustedes— y ve el coche ocupando el sitio prohibido del carril bus, ¿qué pasa?”. Estaría bonito, ¿verdad?, que salga uno con la pasta y se encuentre a un guripa poniéndole una multa por mal aparcamiento. Estaría bonito, pero no va a pasar —toco madera por si las moscas—; lo tengo más que comprobado. He estado vigilando la zona un día tras otro durante una temporada, y por allí pasan menos guardias que barcos por el desierto. Claro que a lo mejor hoy les da por darse una vueltecita. Pero ésa es otra historia. No hay que calentarse los cascos adelantando